

Aura Domotiks

—Oye, Aura, ¿qué hora es?

A través de los auriculares inalámbricos suena un pitido agudo y corto. Después, una voz dulce y femenina contesta:

—*Son las tres y cuarto.*

Alberto toca suavemente la base del auricular izquierdo y la música vuelve a reproducirse. Tchaikovsky es su melodía de trayecto. La escucha para ir y volver del instituto. Le arranca una sonrisa socarrona pensar que probablemente él sea la única persona en el vagón capaz de deleitarse con *El lago de los cisnes*. Sabe que es fácil superar la media de cultura musical. La mayoría de los días tiene que aguantar la música —de calidad bastante cuestionable— de los demás viajeros, que deciden compartir sus gustos con el vecino de al lado.

Esta vez, tras las notas armoniosas del compositor ruso, se cuela de fondo el chirriante sonido metálico y distorsionado de un instrumento artificial. Parece imitar a una guitarra eléctrica, pero se queda a medio camino. Después, entra una voz modulada hasta el absurdo con el *autotune*, con giros imposibles y timbres deshumanizados. Es lo que vende. Si es que eso puede considerarse música. Alberto mira al individuo que tiene al lado por el rabillo del ojo. Lleva puesta una gorra roja, una chaqueta extragrande y unos pantalones caídos hasta la mitad del trasero, cubierto por unos calzoncillos negros Kevin Clain. Sujeta entre las manos un teléfono móvil de última generación, donde aparecen mujeres ligeras de ropa y con actitud insinuante, acariciando un Lamborghini verde.

No quiere meterse en problemas, pero tampoco puede concentrarse con el barullo que tiene al lado. Suele corregir los deberes de sus estudiantes, redacciones, exámenes. El Metro de Madrid es una extensión del Departamento de Lengua Castellana durante treinta minutos. Si encuentra sitio donde poder desplegar su material, aprovecha el tiempo. Esta vez ha conseguido ir sentado, está deseoso de adelantar trabajo. Coge aire por la boca, lo suelta lentamente, se centra en Tchaikovsky y abre una carpeta repleta de folios. Dentro se encuentran las redacciones que sus estudiantes han realizado en torno al verano. Saca una. Se titula *Nimiedades*. La lee con detenimiento. En ella, una

alumna relata su experiencia con la anorexia. Saca otra. Lleva por título *El final*. El alumno cuenta cómo sus vacaciones en Palermo, donde viven sus abuelos, terminan repentinamente al anunciarse en la televisión una enfermedad contagiosa de la que aún se sabe muy poco. Alberto rememora la noticia. La ciudad tuvo que cerrar sus puertas al turismo durante tres semanas, temiendo un contagio masivo. El mundo se hizo eco del suceso a principios de julio, pero poco a poco se fue olvidando. Lee con atención el texto. Alberto llevaba tiempo bastante preocupado —quizá hasta rozar la hipocondría— por esa extraña enfermedad. Había encontrado otros casos en varios puntos del planeta, pero el interés se había disipado, al no encontrar ninguna relación entre los afectados.

El chico relata cómo el gobierno italiano había quitado peso al incidente, justificando el cierre de sus fronteras como medida cautelar. Poco después de volver a España, su abuela se pone en contacto con él para decirle que el abuelo está torpe, pero que seguramente es por la edad. Alberto devora las líneas como un diabético hipoglucémico. Necesita saber más. Llega agosto y su abuela le confiesa que está empezando a tener olvidos. La madre del chico se preocupa y coge un vuelo para cuidarlos. El último párrafo clausura la redacción con una reflexión: «Mis abuelos no se van a recuperar y mi madre no volverá siendo la misma. Lo sé. Esto es el fin y nadie se da cuenta».

Alberto siente un escalofrío que le hace dar un brinco en el asiento. El joven de la música aberrante le mira extrañado. Él se recompone, guarda las redacciones y pulsa con suavidad uno de los auriculares.

—Aura, dime cuáles son las últimas novedades sobre el contagio de Palermo.

—*Aquí tienes todo lo relacionado con el contagio de Palermo: El veintitrés de julio se registró una patología desconocida que produce una pérdida progresiva de la memoria y las funciones motoras. Actualmente hay tres casos en el mundo. Se ha confirmado que el primero tuvo lugar en Yakarta, el segundo en Palermo y el tercero en Filadelfia. Se desconoce la forma de contagio. Los síntomas son similares a los que produce la enfermedad de Alzheimer, que suele afectar a un tercio de todas las personas mayores de ochenta y cinco años. Sin embargo, los afectados rondan entre los dieciséis y treinta y cinco años. Además, el empeoramiento se da en muy poco tiempo. Al conocerse el caso de la palermitana contagiada, las autoridades italianas pusieron*

a la ciudad en cuarentena durante tres semanas, tras las cuales, todo volvió a la normalidad. Recientemente, la paciente ha fallecido, pero el equipo médico, formado por expertos de Italia, España, Francia y Reino Unido, sigue analizando el origen de esta extraña enfermedad. ¿Hay algo más en lo que te pueda ayudar?

—No, muchas gracias, Aura.

Tchaikovsky concluye con una dramática coda y el vagón llega a la estación de Usera. Alberto sale del metro y recibe un golpe seco de calor que rezuma el suelo de cemento. Para estar a mediados de septiembre, el verano todavía aprieta.

Su casa se encuentra en el barrio chino, el *chinatown* madrileño, un entresijo de calles idénticas en la zona de Usera, con edificios siameses de fachada amarilla, donde el castellano se habla como lengua minoritaria y las patas de pollo son el producto estrella de los supermercados. Alberto vive en un cubículo de veinticinco metros cuadrados, un último piso, luminoso, pero tremendamente sensible al cambio de temperatura. En verano, el calor atraviesa las paredes y se queda estancado. En invierno, la bufanda forma parte del atuendo para dormir. Meses atrás había decidido domotizar el hogar, y ahora todo funcionaba con *Aura Domotiks*, una asistente virtual que le proporcionaba a la vez compañía y comodidad.

Sube los cinco pisos sin ascensor y se pone frente a la puerta. En vez de una cerradura, hay un panel brillante con un código numérico. Presiona cuatro cifras y la puerta se abre. Lo primero que escucha es la voz de Aura dándole la bienvenida. Después, el robot aspirador topa con sus pies. La vida de este inquieto inquilino se desarrolla en un cuarto multifunción: cocina, salón y dormitorio se combinan en una armonía onírica. Durante la mañana, el robot aspira y friega las cuatro esquinas. *Aura Domotiks* sube las persianas para dejar que el sol entre y se seque el suelo. Después, la cafetera hace su trabajo a las dos. El robot de cocina —al que previamente Alberto ha introducido los ingredientes pelados y cortados— deja preparado el plato del día. También, cada tres horas, el comedero automático alimenta a Gato, su felino negro y obeso.

Alberto realiza los mismos pasos todos los días: deja la carpeta de las redacciones en una repisa, se quita los zapatos en la entrada y camina descalzo por la casa. Saluda a Gato y él le reclama

una lata de atún. Se dirige al armario, le pone el atún en un cuenco y se lava las manos cuatro o cinco veces. Tras esto, se pone el plato que le ha cocinado el robot y mastica mientras *Aura* le narra las noticias del día.

Sin embargo, la rutina se fractura de manera inevitable. Hoy la comida sabe diferente. Las patatas están duras; el pollo, medio crudo. Escupe el bocado sobre la mesa y revisa el aparato. Definitivamente, algo ha debido salir mal. Él nunca se equivoca con los ingredientes. Pulsa varias veces el botón para activar el menú. La pantalla no responde. Al girar la máquina, lo ve. El cable de alimentación está raído, una parte de él muestra el cobre desnudo y deshilachado. Alberto mira a Gato. Él le devuelve la mirada con los párpados caídos y se estira sobre el sofá.

—¿Has sido tú, Gato?

El felino le da la espalda y comienza a lamerse su panza descomunal con esfuerzo. Apenas llega a las partes bajas.

—Oye, *Aura*, enseñame las imágenes de la casa mientras yo no estaba.

—*Bien, para reproducir la cámara de videovigilancia necesito la clave de acceso.*

—Vamos a ver qué fechorías has hecho mientras no estaba —le dice a su gato con tono victorioso—. La clave es...

La sonrisa de Alberto se transforma en una mueca de sorpresa, después, en confusión. El silencio inunda el apartamento durante unos segundos. *Aura* vuelve a pedirle la clave. Él mira a su alrededor, en círculos, buscando mentalmente en los recovecos de su memoria la palabra mágica. No consigue visualizarla. Se muerde el labio, se masajea la frente y se dice que el estrés del instituto está detrás de ese lapsus. Se esfuerza en evocar la última vez que su asistente le pidió una clave. Nada. Ni siquiera acierta a saber si la respuesta es una palabra o un número. Cansado de escuchar por tercera vez a *Aura*, confiesa:

—No me acuerdo ahora mismo. Activa la contraseña de seguridad, por favor.

—*De acuerdo. Activando la contraseña de seguridad: ¿cuál es tu obra favorita?*

Deja escapar un suspiro y responde con firmeza:

—El lago de los cisnes.

—*Correcto. Aquí tienes las imágenes de hoy, lunes 14 de marzo.*

La grabación se reproduce en el televisor. Las cámaras delatan al peludo de cuatro patas subido a la encimera, tratando de sabotear el almuerzo de su amo, primero sus afiladas garras se aferran a la tapa del robot; después, los colmillos se cierran sobre el cable, lo mastican y lo desgarran. El robot emite un sonido de cortocircuito y se apaga. Después, Gato baja y vuelve a su lugar de descanso, el sofá, no sin antes pasar por el comedero.

«Maldito cabrón», piensa. Tira los restos del plato a la basura y se come un yogur. Después, se cambia de ropa. Elige algo cómodo, unos pantalones amplios y una camiseta de manga corta. Como cada día, después del almuerzo le entra sueño. Busca la incomodidad del sofá para dormir solo lo necesario. Durante ese lapso de tiempo, él y su gato realizan la misma actividad. El animal duerme al filo de los respaldos y el humano tumbado de lado. El sofá es tan estrecho que solo permite esa postura.

—Aura, baja las persianas.

—*Bajando las persianas.*

—Aura, recuérdame que lleve a arreglar el robot de cocina.

—*Anotado. ¿Cuándo quieres que salte el recordatorio?*

—A las seis de la tarde.

—*Guardado. ¿Puedo ayudarte en algo más?*

—No, muchas gracias.

Aura registra en su memoria infinita el recordatorio, junto a las otras órdenes de la casa, alarmas para despertarlo y códigos de seguridad. Alberto deja caer todo su cuerpo y la gomaespuma cede, creando una suerte de cuna, donde casi es engullido. «Tengo que cambiar este maldito agujero negro», piensa. Las manecillas de su reloj inteligente se mueven simulando a los relojes analógicos, pero ya no se escucha el tictac. La luz se cuela por los agujeros de las persianas y migra lentamente de un lado a otro de la habitación, tiñendo los muebles, el suelo y la pared de azafrán. Su casa también parece dormir. Aura híbrida. Gato ronca. Él sueña. En su cosmos, la realidad juega con él, entre sombras y destellos su rutina impoluta se fragmenta y se superpone otra muy diferente. El

vagón del metro que utiliza todos los días transcurre vacío. Él es el único pasajero. Los andenes desiertos recogen el eco del titán de acero. Un escalofrío le sacude desde la parte baja de la espalda hasta la nuca. Está solo. Las estaciones pasan a gran velocidad, no paran, no hay gente que llevar. Deambula por el pasillo del vagón, cada vez más angosto, oscuro, el sonido mecánico y el viento se cuelan por las ventanillas, pero le cuesta respirar. Al fondo, sobre un asiento, reposa la carpeta con las redacciones de sus alumnos. La coge, rebusca entre los folios y descubre que todos están en blanco. Le sudan las manos, el corazón galopa contra las costillas, nota una opresión, un calor sofocante que nace en las entrañas de su cuerpo, uno que Alberto es incapaz de reconocer. «Es un sueño, un puñetero sueño. Tengo que despertarme». En un vano intento, se pellizca la piel. Del pasillo solo queda un corredor tan estrecho que sus piernas han quedado encajadas entre los asientos, convirtiéndolo en una estatua viviente. El vagón acelera sin control, lo zarandea, la maquinaria chirría y la angustia le carcome la razón, infecta los recovecos de su mente. Aúlla. El grito es tan fuerte que le arranca del sueño y despierta bañado en su propio sudor. Lo primero que ve es a Gato acostado en su pecho mirándolo con curiosidad. De un empujón se lo quita de encima y se reincorpora, aún con la respiración acelerada. Su mundo parece seguir tal y como lo había dejado antes de irse a dormir. La habitación estaba tranquila, los rayos del sol seguían entrando, pero con menos fuerza. De fondo, suena la música envolvente de Vangelis, la alarma de Aura.

—Aura, ¿qué hora es?

—*Son las seis de la tarde. Tienes un recordatorio: arreglar el robot de cocina.*

—Gracias.

Esa tarde, Alberto decide olvidar la pesadilla tan sobrecogedora que ha tenido. Sale de casa, dispuesto a realizar las tareas que tiene pendientes, pero vuelve con las manos vacías. Si Aura hubiera sido una mujer de carne y hueso, quizá su hermana o su esposa, le habría increpado que no había hecho nada de lo que tenía que hacer. Pero Aura es una inteligencia artificial creada para complacer al hombre, no para reprenderle. Su voz aterciopelada no le vuelve a recordar el robot de cocina estropeado. Es Alberto quien, al día siguiente, después de introducir en la mañana los alimentos, confiando en su exquisita rutina, descubre que, una vez más, no tiene una comida decente

tras volver del instituto. Maldice al gato, se come un yogur, y se dispone a echarse la siesta reglamentaria, para después llevar de una vez el robot a reparar. Aura guarda el recordatorio. Dan las seis. «*Tienes un recordatorio: arreglar el robot de cocina*». Esta vez, no ha habido pesadillas que olvidar. Y, sin embargo, olvida.

Alberto sale de casa a las seis y cuarto. Vuelve a las doce de la noche con las manos vacías, la billetera robada y el móvil perdido. No entiende qué ha pasado durante ese lapso. Está confuso, asustado. Gato viene a saludarlo, maúlla. El comedero está vacío. Busca en el armario de la cocina, pero no queda pienso. Le pone una lata de atún y le cambia el cuenco de agua.

—Aura, por favor, recuérdame que vaya al médico mañana al despertarme.

—Anotado. *¿Necesitas algo más?*

—No. Eso es todo.

En un estado de obnubilación se arrastra hasta la cama y se mete con la ropa de calle. Gato observa con los ojos muy abiertos y las pupilas diminutas cómo su amo rompe su rutina. La luz de la mañana entra por la ventana y Aura le recuerda con su voz de *femme fatale* que tiene que ir al médico. Con lo puesto de la noche anterior, Alberto sale con la intención de ir al centro de salud del barrio. Sin embargo, y sin razón aparente, coge el metro. Cinco, diez, veinte minutos. Llega al instituto. Da sus clases de manera impecable, como si no ocurriera nada. Hace la jornada y sale. Cinco, diez, veinte minutos. Al abrir la puerta de casa, Gato sale hasta el rellano maullando con insistencia. El comedero está vacío. En el ambiente se respira un olor rancio, a podrido. Busca con la mirada y se fija en el cubo de basura.

—Aura, ¿cuándo fue la última vez que saqué la basura?

—*Disculpa, no tengo datos sobre eso. ¿Quieres que abra un recordatorio para sacar la basura?*

—No, no hace falta —contesta en un tono seco. Recoge la bolsa del cubo y la saca al descansillo.

Después, abre la nevera. No hay yogures. Aquello era un escaparate vacío, a excepción del bote de tomate y el de mayonesa. Rebusca en el armario y consigue la última lata de atún. Gato

golpea la pierna de Alberto y ambos se miran. Dos cuencas amarillas, fijas en la comida, lo desarman. Con un suspiro, le cede el último de los víveres a su mascota. Ofuscado por el hambre y el espesor de sus pensamientos, se deja caer sobre el sofá y se une a él, ambos flácidos, descompuestos, deformados. Esta vez se sumerge en un sueño profundo del que ni siquiera Aura, Vangelis o Vivaldi es capaz de despertarlo. La camiseta se impregna de sudor, el tejido de los pantalones se arruga y se le pega a las piernas. Alberto sueña, gime, suelta espasmos, mientras los rayos del sol se deslizan por el cuarto hasta desaparecer.

El despertador suena.

Bip. Bip. Bip.

Hacía veinticinco años que no sufría un dolor de cabeza semejante, cuando todavía iba a la universidad. Piensa que probablemente el culpable es el estrés de los últimos días, la mala alimentación, los últimos coletazos del verano. Sin previo aviso, Gato se lanza sobre él y le propina un mordisco en la punta de la nariz. Frotándosela, se acerca al comedero y ve que está vacío.

—Lo sé, lo sé —se disculpa haciendo un gesto al aire con ambas manos.

Se calza los zapatos, coge el dinero de la repisa y tira de la manilla. Pero la puerta no abre. Vuelve a intentarlo. Una. Dos. Hasta tres veces. Entonces mira a su derecha, en la pared. Un panel azul, brillante, preparado para pulsar un código de cuatro dígitos numéricos. Pero ¿cuáles?

Empieza con lo más fácil: su nacimiento. Trata de diferentes formas, prueba con el año, luego día y mes, la fecha de adopción de Gato, la muerte de sus padres. Nada. Recibe el mismo timbre de negativa seguido de la voz femenina: «*Código incorrecto. Prueba de nuevo*». Alberto maldice el momento en el que compró el pack de *Aura Domotiks* pensando que su vida sería más fácil.

Después de varios intentos, la puerta se bloquea. Preso del pánico y con la boca seca, suplica:

—Por favor, Aura, activa la contraseña de seguridad.

—*De acuerdo. Activando la contraseña de seguridad: ¿cuál es tu obra favorita?*

Su pasión por la música no iba a delatarlo. Podría llegar a olvidarse hasta de su propio nombre antes de olvidar su set favorito de canciones.

—Mi obra... sí, por supuesto... mi obra favorita es El lago de los patos.

Tras unos segundos en silencio, Aura responde:

—Contraseña de seguridad incorrecta. Tienes un intento más. Después, el sistema se bloqueará durante una hora.

Alberto traga la poca saliva que le queda en la boca con suma dificultad. Por un momento, la habitación se mueve. Quizá es él quién lo hace. No está seguro de nada. Se lanza hacia la esquina donde guarda todos sus vinilos. Comienza a esparcirlos por el suelo, mira las portadas, pero ¿qué narices hay escrito?! Es incapaz de leer los títulos. Sin un móvil para llamar y con la voz quisquillosa de Aura apremiándole, no puede centrarse. Jamás habría tratado a sus discos de aquella forma, tirados, unos encima de otros, con el gato pasando por encima, algunos incluso fuera de sus fundas. Navega entre ellos, de rodillas, de un lado a otro, removiéndolos, tratando de encontrar uno que le haga recordar algo. Nino Bravo, Joaquín Sabina, Nina Simone, Ella Fitzgerald y... enterrada entre las notas imposibles de Whitney Houston y Michael Jackson, se asoman unas plumas blancas. Algo delicado, todavía en su envoltorio de plástico. Lo saca con sumo cuidado, lo lee, pero no entiende. Mira bien la portada: una bailarina con un tutú negro se inclina hacia lo que parece un lago. En él flota un ave majestuosa de cuello largo y blanco. Su corazón da un brinco. Se pone en pie con el vinilo y suelta:

—La contraseña es: El lago de los cisnes.

En ese instante escucha un sonido metálico. La manilla baja sola y la puerta queda entreabierta. Desde el descansillo sale una tenue luz. Respira aliviado.

Justo en ese momento, el cuerpo mórbido de Gato sale disparado hacia la puerta y se cuela por ella. Alberto sale tras él sin pensárselo, dejando a Aura y la casa abierta. Baja las escaleras tan rápido como puede, siguiendo a duras penas la punta negra de la cola espigada. «Con lo gordo que está el jodío y corre como un gamo», piensa.

Cuando Alberto llega al vestíbulo, jadeando y con la cara encendida, descubre que el portal está abierto. Gato se mueve por las calles de Usera, atravesando los bazares chinos y alejándose de su dueño. Con zancadas y su atención volcada en el animal, Alberto corre en su búsqueda. Sabe que, si no se da prisa, llegará a la calle principal, famosa por la inconsciencia de los conductores. Hacía tan

solo dos semanas, una anciana había sido atropellada mientras cruzaba el paso de cebra. El coche se dio a la fuga.

A cada paso que da, la opresión en el pecho se acentúa. Apenas consigue respirar, y aun así, el felino se sigue alejándolo. «¡Atrapen al gato, por Dios! ¡Cójanlo!», grita con los brazos en el aire. Un hombre asiático sentado al lado de una tienda de alimentación lo ve pasar dando tumbos. Parece de todo menos un hombre cuerdo.

Con el pelo alborotado y untuoso pegado a la frente, la camisa con manchas amarillentas del sudor y los pantalones marcados de arrugas, Alberto pasaba fácilmente por un indigente.

La carrera desemboca en la calle Marcelo Usera. Los coches pasan a una velocidad alarmante y Gato va directo hacia el asfalto. Todo da vueltas, la acera se tambalea, Aura no está allí para ayudarlo. Está solo. O, al menos, lo estará si pierde a Gato. Su corazón es una rata acorralada en una esquina. Gato ha conseguido cruzar el paso de peatones y está parado. Mira a su amo con ojos retadores, su pupila es una afilada aguja negra fija en el cuerpo oscilante del humano.

Alberto nota la náusea pellizcando su estómago. Tiene hambre, está confuso. El reflejo del sol poniente sobre los vehículos recorta siluetas bailantes sobre el asfalto, que vienen y van con las luces prendidas. El semáforo está en rojo. Y en ese instante, recuerda. Recuerda que tiene un robot de cocina que arreglar, un armario con más pelusas que comida, una cartera y un móvil extraviados. Se mira los pies. Va descalzo. Está pisando unas rayas blancas. El sonido de un claxon se aproxima. Alberto levanta la cabeza para encontrarse con Gato, que observa la escena desconcertado desde la acera. El sonido seco de los frenos lo atraviesa de lado a lado. Después, viene el golpe. Rueda por el asfalto caliente varios metros. Alberto queda inmóvil, boca arriba, con los ojos fijos en un solo punto. Un sabor metálico inunda su boca y se desborda por las comisuras. Gato ha desaparecido. A su alrededor se forma un círculo de personas. No paran de hablar y murmurar. Y él, incapaz de leer el horror en sus rostros, posa su mirada estanca en una valla publicitaria en lo alto de un edificio: «NeoHomes, el hogar del futuro. Completamente domotizado con Aura Domotiks. Nosotros nos acordamos por usted».